

B A Z T Á N

Por EDUARDO MAULEON

He aquí uno de los valles más deliciosos y cautivadores que tiene su asiento en la heterogénea tierra navarra. Poseído de una admirable y vigorosa policromía, derrama su inigualable y sugestivo colorido por los praderíos y montañas que, salpicados de caseríos blancos y rojas bordas, nos trae a la mente el recuerdo de viejas leyendas de akelarre.

Aldeas del Baztán. Pueblos apretujados, constreñidos entre montañas; perdidos en profundas hondonadas e intenso verdor. Uno no comprende cómo pueden respirar. Sin embargo son pueblos maravillosos. Casonas enormes y saledizos casi tan anchos como largos. Balcones tallados y corridos contruidos principalmente para servir de secadero. Fachadas blancas, tejas rojas o muy tostadas y ventanas pintadas de verde, como si en ellas se pretendiera reflejar el paisaje que allí vive.

Aldeas aristocráticas en las que se refugia, tras largos años de ausencia, el indiano. No hay pueblo baztanés o de Cinco Villas, que no tenga uno o varios hijos por tierras de California o el Canadá.

El pastoreo, el bosque y la agitada vida del contrabando ha sido, y es, el claro simbolismo que caracteriza la vida de estos euzkaldunes. Su suelo, privilegiado para el pasto, le regala una fuente de ingresos admirable a una con la explotación de su ya no tan inmensa riqueza forestal.

Caserío baztanés. Viejo cobijo asentado a la sombra de enormes y añosos castaños y arroyos impetuosos. Aguas heladas y puras que serpentean entre guijarros morados, que cruza por puentes de fuertes piedras de las que hiedras polvorientas se dejan besar a su paso...

Vieja carreta de bueyes de crujientes y pesadas ruedas de madera, que cargadas hasta lo inverosímil de hierba o helechos, desciende por pendientes asombrosas dejando tras de sí briznas prendidas en las zarzas que encauzan el camino.

Mirador del Baztán en el puerto de Otxondo. Mágica visión de un conjunto que reúne los más extraordinarios matices de color y belleza impresionante.

Y sendas por doquier. Sendas que se cruzan y entrecruzan a lo largo de las montañas hasta perderse al otro lado de la frontera...

Boiras de Belate. Nieblas que lloran su tristeza sobre las verdes colinas del Sayoa, Zuriain, Auza o Mendaur. Nieblas que cruzan veloces por los portillos de las montañas dejando a su paso lágrimas que cuelgan de las hojas de los hayales y helechos.

Nada atenaza tanto a nuestro espíritu como en los momentos en que el cielo desciende hasta el suelo para lamer la verde campiña. Es en este momento cuando el ambiente queda plenamente saturado de una terrible melancolía. La lluvia cae fina y silenciosa; como si temiera romper la fuerza emotiva que embarga al paisaje.

Verde y gris. Colores que cuando los rayos del sol logran traspasar la masa algodonada que se ciñe a las montañas, adquieren unas tonalidades y unos brillos que extasían nuestro ser.

Campos del Baztán: hierbas altas y canto de grillos. Lejano campaneó de esquilas en un lento desfile de ganado que a la tardeada baja de las montañas hacia las aldeas. Esas aldeas que duermen el silencio de los siglos en hoyos profundos y siempre verdes...

Noches en la frontera. Jadeos contenidos de sombras deformes que van pisando la negrura del camino con instinto admirable.

A veces se quiebra el silencio y aquellas confusas y contrahechas siluetas con tremenda elasticidad, se hunden en lo más oscuro que la noche da...